Me pueden

Textos sobre el otro poder de la creación andaluza a principios del 2020.

Entrevista a Julia Llerena: «La fragilidad me seduce bastante porque forma un tejido fuerte que nos ayuda»

Publicado el 6 junio, 2020

Julia Llerena (Sevilla, 1985) busca un diálogo íntimo, una cercanía con la gente que comparten los mismos intereses y preocupaciones. Su deseo es que, tras dar con ese espacio común, puedan ver desde allí el ámbito que les rodea y entenderlo mucho mejor. Esto lo logra creando vínculos con objetos que, a primera vista, nada tiene que ver entre ellos.

Por ello, se dedica a encontrar estos elementos, a veces con una idea muy clara de cómo deben ser, otras dejándose llevar por el hallazgo fortuito. La guían lo roto, lo frágil, el vacío en medio de las cosas. Pues cree que, aunque siempre demostramos nuestra humanidad a través de la debilidad, esas delicadezas se transforman en un tejido resistente al unirse entre sí. Todo esto con el fin de enfrentarse a la incomunicación que nos separa, al aislamiento que impide que acerquemos nuestro interior al otro.

Además, lo recuperado transmite la nostalgia de pensar en una utilidad que se ha perdido, el recuerdo de una edad anterior en la que sirvieron para algo. Cada una de las piezas —trozos de vidrio, metal, madera o plástico—se usan como las palabras escritas en un texto. Debido a lo cual, la mayoría son pequeñas, construyendo con ellas un objeto artístico de mayor escala a través de la conexión armónica, al unirlas por colores, tamaños o formas.

Tras esta construcción de un artificial yacimiento arqueológico del pasado cercano, la artista logra liberarse al conseguir inéditos paisajes íntimos que se pueden habitar. Lugares reveladores al que estamos invitados.

Al contemplar tus trabajos, detecto un ansia de perfeccionar una comunicación universal de manera a la conseguida durante la Prehistoria en Europa con ciertos ideogramas. Como si fuera un texto que cualquiera pudiera comprender sin tener que aprender una lengua.

Busco una comunicación íntima y estrecha con la gente cercana con la que comparto intereses y preocupaciones.

O sea, que tienes aspiraciones más modestas. Yo lo entendía como una necesidad más ambiciosa. ¿A pesar de ello, crees que la sociedad actual se ve afectada por esa voluntad de diálogo sin barreras aún no logrado?

El arte es un modo de comunicación muy potente y valioso.

Sí, supongo que solo él puede conseguir algo así. Quizás sea la vía para enfrentarnos a lo que nos rodea. ¿Te sientes a veces ajena a la realidad en la que vives?

Me siento parte de ella, hay muchas cosas que me gustaría que fueran diferentes pero convivo bien con el mundo, es el tiempo que me ha tocado vivir y está en continúa transformación.

¿Entonces no necesitas evadirte mediante la abstracción que empleas en tu trabajo?

Yo no lo llamaría evasión, sería otra forma de habitar la realidad, hallar un espacio íntimo y un canal distinto. Todos lo necesitamos y es un modo de entender lo que nos rodea.

Sí, la mayoría queremos fundar otro pequeño universo dentro de este, pero pocos hallan el modo de hacerlo. ¿Aspiras a ese cosmos recuperado gracias a la metáfora, a la representación?

Me interesa crear vínculos y conexiones entre aspectos que aparentemente no tienen nada que ver entre sí y darles forma y significado nuevo.

¿Por ello necesitas recoger y coleccionar metales, minerales, vidrios, con el fin de ordenarlos de otra manera y archivarlos; como medio de hacer visible esa unión de lo que, en principio, nos parece alejado, y así fundar un espacio propio?

Más que necesidad, es una práctica bastante integrada en mí. No lo hago todo el tiempo, a veces busco unos objetos determinados porque tengo claro lo que quiero contar con ellos. Otras veces, es como si los propios objetos hallados de manera fortuita me dieran la fórmula para ser archivados de un modo u otro. Depende del lugar y las circunstancias, nunca sé de qué materia me puedo servir.

¿Entonces, deseas hacer esos archivos y así cobijar lo perdido en el renovado espacio ideal?

La fractura, el vacío o la fragilidad me seducen bastante porque creo que nos movemos entre ellos, a la vez nos sostiene un tejido resistente y fuerte que nos hace estar aquí.

Cierto, se establece un vínculo entre lo débil que nos fortalece a la hora de soportar el entorno. ¿Por ello, tu obra se enfrenta a un universo caótico y cruel, que desecha a numerosos elementos como inútiles o rotos?

No suelo trabajar desde ese lugar. Quizás me aproximo más a la nostalgia que me producen los objetos que se han dejado de usar por el motivo que sea. Están vinculados a un recuerdo propio o ajeno posible de imaginar. Para mí es más una reconstrucción de un hecho.

Creía que tu intención era la de integrar esos recursos abandonados en otro dominio armónico en el que tengan otra vez una utilidad. Pero veo que te interesa más reconstruir el ayer intuido, volver a configurar lo ya visto con el objetivo de crear algo diferente.

Hablo de lo cotidiano. En su contexto original, fueron objetos bien ordenados y armónicos. Me sirvo de ellos para contar y representar otras realidades.

Supongo que la principal dificultad reside en que esa reordenación se entienda o se perciba de forma adecuada. Incluso yo he malinterpretado algunos aspectos de tu creación. ¿Son la fragilidad y la confusión del lenguaje los mayores enemigos que tenemos al enfrentarnos a la existencia?

Cuanto mayor uso y manejo tengamos del lenguaje, mejor habitaremos y entenderemos la realidad en todos sus tiempos. La comunicación lo es todo.

Otra intuición que tenía, también errada al parecer, era tu voluntad de lograr una reparación ética al recuperar los desechos y que así apreciemos su valor.

Los objetos son el canal y la materia física para poder desarrollar ideas y pensamientos.

Entonces, más bien, planteas un novedoso sistema de escritura, en el que los términos se sustituyen con materiales.

Las palabras se pueden reemplazar con muchas cosas concretas y otras abstractas. Se puede reemplazar con el silencio. En esa búsqueda centro mi investigación. Las palabras son cosas y son sentido.

¿Por ese motivo los elementos usados suelen ser muy pequeños, como si fueran grafías de un texto?

Me gusta la escala pequeña de los objetos para construir con ellos un mismo cuerpo, aunque también trabajo objetos de mayor volumen. Es según lo que quiera narrar. Las grafías pueden ser pequeñas o grandes, pero sea cual sea su tamaño, el archivo que use tiene que estar muy conectado entre sí y resultar armónico.

¿Cómo ordenas lo que que suele ser muy diferente, qué relaciones buscas?

Al principio son sólo materia que almaceno en cajas, luego los clasifico según la función que haya decidido para ellos, muchos sirven y otros son descartados. Con el tiempo los voy recuperando, nunca me deshago de ellos, todos al final encuentran su momento. Suelo trabajar con objetos de distinta composición, acero, vidrio, metal, madera, plástico… Es un análisis muy intuitivo. Al ordenarlos busco un equilibrio, una armonía jugando con las texturas, la temperatura de color, el tamaño, la forma….

¿Tu labor te ha liberado espiritualmente, al obligarte a buscar un repuesto orden en el que se integra lo

rechazado, la «basura»?

Nunca hablo del término basura, realmente no lo son, nunca los he encontrado en ella. Prefiero referirme a ellos como restos arqueológicos de un más o menos presente. Trabajar con ellos me ha liberado en mi proceso de producción artística, me siento completamente libre y cómoda manejando mis archivos. Cuando realizo las instalaciones o piezas a veces veo paisajes naturales o urbanos en ellos, es como si se pudieran penetrar y habitar.

«INPUT/OUT SIDE» de Lucía Bocanegra

Publicado el 24 abril, 2021

INPUT/OUT SIDE
Compañía: Lucía Bocanegra (Sevilla)
Intérpretes: Esther Moreno Suárez, Diana «Wondy» Grytsailo, Lucía Bocanegra
Autora y Directora: Lucía Bocanegra.
Coreografía: Lucía Bocanegra.
Proyecciones e iluminación: Cyberturbo.
Música: Benji Sancho Talbot, «Hartta».
Fotografía de portada: Juanma Ojeda.

Juan Ramón, al final de su poética, quiso desnudarse de figuras, de imágenes, de reflejos. Deseaba distanciarse de su ayer, cambiar los sentidos por los sentimientos para provocar sus versos. Buscó la obra desnuda. Antes, hubo de encontrar un lugar lleno de silencio. Además pide libros que el creía perdidos, volúmenes que prestó o que le robaron y así recuperar esas páginas que provocaron sus primeros amores poéticos. Al fin, cuando encontró esa paz, pudo desligarse de toda la hojarasca que lo cubría antes.

Las tres figuras danzantes que se suben al escenario pretenden una lucha semejante a la del poeta. Una batalla parecida de movimientos bruscos que buscan una respuesta. Cuando frente un dilema vital necesitamos una solución, deberíamos quedarnos desnudos, desnudarnos ante el espejo implacable de la conciencia. Aunque para ello debemos vencer un pudor imposible, el mismo que sentimos al quitarnos las ropas ante la mirada ajena. Pero esto no debería ser así. Pues una vez vencido ese pequeño terror, todos comprobamos que la desnudez nos iguala.

Las tres mujeres se despojan de unas largas vestiduras que las aprisionan como vendas, librándose de banderas de otro bando, y van liberando también su pensamiento interior, sus espíritus. Al perderse todo eso, ya no hay lugar para el miedo ni la vergüenza. Sus movimientos se van haciendo implacables y sucesivos. Al igual que el mundo nunca deja de girar, giran ellas también. Pero en este proceso de vueltas y saltos, se detiene una herencia: los conceptos, ideas e imágenes ajenos como hijos de otros padres. Todo ello expresado con gestos como juntar las manos para rezar sin sentimiento alguno, por rutina, o morder una mordaza en la boca. Muchas veces, las tres bailarinas parecen luchar, no contra

sus miembros, ni contra las limitaciones de su cuerpo, sino contra un conflicto interior: la ignorancia, el no saber el verdadero destino de cada una, el no saber donde está su verdadero hogar, el no reconocer su rostro en el espejo.

Una música que a veces evoca el cortocircuito y las coloristas interferencias proyectadas sobre ellas simulan la confusión, la ganancia de estímulos en la que vivimos; barreras contra el silencio y la paz necesarios para la reflexión, para vernos como somos, para desnudarnos y así conocer nuestra respuesta interior. Al terminar la pieza, las tres se dan cuenta de que la mayoría de sus problemas nunca existieron. La habilidad de los opresores consiste en eso, en hacernos creer en su existencia, en hacernos pensar que lo que sentimos naturalmente es parte de un afán revolucionario y antinatural, cuando se trata de todo lo contrario, se trata de nuestra verdadera manera de ser.

La flor que nace de nuestras cenizas digitales, la obra de Triana Sánchez Hevia

Publicado el 8 mayo, 2021

Si nos tapamos los ojos durante el tiempo suficiente, nos convertimos en seres que son todo oídos. Por el contrario, si nos taponamos las orejas, somos todo ojos, un cuerpo con un gran ojo. La obra de Triana Sánchez Hevia nos saca del paisaje en el que estábamos inmersos, como una figura dentro del cuadro que pudiera escapar del mismo para darse cuenta de que es un mero elemento dentro de una composición. La angustia se parece a la de un pez dentro de un acuario que contemplara una pecera llena de agua sin saber para que sirve ese recipiente de cristal.

Y es que, tras siglos de desarrollo tecnológico, nos hemos conformado con mirar nuestro rostro, nuestro cuerpo, sin ser conscientes de la realidad, sin poder ver a nuestro alrededor. Poco a poco, nos rodeamos de aparatos, que usamos todo el tiempo, en una labor tan inútil y artificial como tomar unos prismáticos para ver nuestro reflejo en un espejo. Hoy en día, nos conformamos con intercambiar nuestros ojos por las lentes de los teléfonos móviles, nuestras orejas se cubren con enormes auriculares que nos ensordecen con la comida rápida de mensajes sencillos. Es la evolución lógica de un ser que cambió sus piernas por ruedas, sus manos por cuchillos, por martillos.

Quien acaba de escribir esto y publicarlo se ha convertido en otro fantasma en el mundo digital. Si te lo estuviera diciendo a la cara, sabrías quién te lo dice, cómo es el que te lo dice. No sabes quién soy, cómo soy ni desde dónde te lo digo. Así, el que recibe el mensaje se encuentra perdido y forzado a la idealización, a la fantasía, al ensueño. Frente a la pantalla, aunque tengas los ojos abiertos, sigues soñando.

Frente al ordenador nos quedamos sin cuerpo, condenados a ser poseídos por espíritus incorpóreos. Allí somos todo mente, una que lo ocupa todo. En unos de sus trabajos, Sánchez Hevia modificaba imágenes de cuerpos hasta dejarlos sin humanidad. Así nos dejaba al borde del horror de no reconocer al que tenemos delante de nosotros pues, aunque compartan muchos de sus rasgos, ya no son seres humanos. Y esta revelación chocará a muchos que se acerquen a la obra de esta artista necesaria. En un reciente retrato, se nos presentaba directamente un rostro deformado, casi monstruoso, dejando a las claras la inquietante posibilidad de modificarlo todo hasta el extremo, el poder de modificar nuestro reflejo hasta no reconocernos.

Al entrar en este siglo hemos caído en un universo nuevo del que ya no podremos salir. Como un cosmonauta dentro de una nave que entrara en el olvido de un agujero negro que lleva a otra dimensión. Somos hijos de las consecuencias de las nuevas herramientas. Debemos valorar una realidad a la vez que se manifiesta, sin comprenderla del todo. Si nos colocamos delante del espejo, podemos meternos el dedo en el ojo reflejado sin sufrir dolor. Los cuerpos digitales no sufren, puedes hacer con ellos lo que quieras. Y eso debería espantarnos. Y como se sufre menos en el mundo digital, hemos cerrado la puerta

para que los seres de carne y hueso no nos hagan daño, acompañados por nuestro reflejo embellecido por el regalo digital.

Sánchez Hevia ha diseñado un dispositivo mecánico que nos sigue a todas partes, respondiendo al movimiento del espectador en un halago continuo y servicial idéntico al ánimo de las herramientas digitales. El nuevo sistema hace que nos convirtamos en criaturas conectadas al mundo por un cordón umbilical. Nos envanece que nos sigan, el tener seguidores, que respondan con corazones a lo que hacemos. Y así, poco a poco, nos damos cuenta de que nuestro rostro vale dinero, de que lo que hacen nuestras manos es un capital a administrar.

Sánchez Hevia logra el ánimo de todo artista, el poder contarnos cómo somos, cómo es nuestro cuerpo, delimitando sus perdidas fronteras. Ella nos hace ver que, antes, el cuerpo limitaba con el infinito, pero ahora el cuerpo está dentro de la nada, perdido para siempre como un astronauta que sale de su nave espacial para nunca volver a entrar. Pero de nuestras cenizas digitales nacerá una flor.

RESEÑA: «Cantar qué» De Juan de Beatriz

Publicado el 26 julio, 2021

Autor: Juan de Beatriz.
Título: Cantar qué.
Editorial: Pre-Textos.

Como tantos otros, Juan de Beatriz ha descubierto la belleza al mismo tiempo que el horror. Pero a diferencia de la mayoría, no se ha quedado prendado de uno de los extremos verdaderos de la soga de la que pendemos. Él, como los santos, como los poetas, acepta el sufrimiento necesario para atravesar la senda que conduce al placer. Asume el miedo a desaparecer como un negro eclipse sucesivo venido del martirio de una estrella. El infinito error del paraíso que encarnamos ha de tomar esa mezcla tan repugnante como sabrosa llamada elixir vital con el fin de llegar al edén perdido. Al igual que en el cantar de Beatriz, podemos volver al paraíso perdido tras saber que la belleza y la dicha escasean, que el sufrimiento y la fealdad abundan. Es decir, amamos cuanto existe porque desaparece. Sólo los iniciados pueden ver los inviernos ocultos en los jardines de la primavera sin desesperarse, cantando al amor escaso pero amor al fin y al cabo.

En ese principio que algunos llaman edén abundaba el miedo. Allí se identificaba a la poesía con Orfeo, no con Homero; allí se identificaba la belleza con un ciervo de astas adornadas con rosas salvajes, animal que encarnaba la suprema tentación del cazador. Así, los primeros hombres escribían dibujos de gacelas sobre un muro, legándonos alces y corzas en piedras ocultas como las de Atapuerca. La razón de estas rarezas radicaba en la convicción que, al proyectar y controlar la energía deseante, se retornaba al primer vergel.

Orfeo comprobó que si se va en pos del deseo, uno pierde la cabeza. Mas uno no tiene otra opción si quiere convertirse en hombre. Al igual que el alce que se esconde con el fin de cambiar sus cuernos cada invierno, las carnes deseadas suelen escapar y ocultarse para no ser capturadas. Para obtener el oro inalcanzable del deseo, el cazador debe ir mejorando sus trampas, haciendo cada vez más sutiles sus aproximaciones, hasta llegar incluso al disfraz. Pues la presa demanda una concentración máxima para ser conquistada. La poesía se encarga de atar lo distante y dispar en parejas, tejiendo con rimas lo aislado con la intención de que no siga solo nunca más, mediante el adorno y el camuflaje, dispersando humo y niebla en derredor.

Uno puede identificar al cazador con el hombre y a la presa con la mujer, pero esto no siempre se cumple. Lord Byron, que anhelaba sólo los amores inconquistables y por eso odiaba a Don Juan, comprobó lo que se sentía al ser perseguido por una cazadora llamada Lady Caroline Lamb. Ella se cortó un mechón para exigir una respuesta igual al poeta. O se vestía con ropas de hombre para él la considerara su mejor amigo. Insistía como si Lord Byron hubiera olvidado que él la amaba desde

siempre. Por esto le escribió un “recuérdame, recuérdame”, en un ejemplar del Vathek de William Beckford, un eco que quemó el oído dormido del romántico.

Pues la desmemoria se convierte en otro enemigo mortal del poeta. A pesar del amor sentido hacia ellos, las abuelas pueden olvidar los rostros de sus nietos y tratarles como a extraños. El que canta ha de poner todo su empeño en hacer que el eco de un nombre que se rompe siga sonando por siempre. El mundo se suele olvidar de que es bello. El poeta ha de recordárselo una y otra vez a través de la palabra, con la esperanza de que al leerlo, pueda hacer memoria. Así, hemos de repetir las mismas palabras una y otra vez para invocar lo olvidado: rosas, cenizas, estrellas, rosas, cenizas, estrellas. El poeta recibe toda la memoria del mundo, los buenos y los malos recuerdos, para recordarle al olvidadizo cosmos la verdad de su esencia. Esto supone despertar a una conciencia tan brutal que lo convierte en un semidiós.

Juan de Beatriz usa todo su poder en este empeño. Por ello ha buscado un pilar maestro con el fin de elevar su vida y su arte, en este caso el de su abuelo José, el que le enseñó a silbar la maravilla. Para amar a muchos, primero se ha de amar a uno solo con todas las fuerzas. Una vez encontrado este sustento, él puede alzar su elaborado edificio social de relaciones más o menos cercanas, más o menos cálidas, para unirlas con versos. De ahí que este libro se llene de nombres agradecidos.

A esta muestra escasa de talentos que ganan el paraíso, se contrapone una legión que se preguntan qué cantar sin hallar respuesta. Estos encuentran la belleza como esos palacios abolidos que nunca recuperarán su esplendor por culpa de la ruina. Entre ellos me encuentro, lejos de la inspiración debido al pesar sentido de no poder ver la belleza del mundo, lo que me hace dudar de mi propia imaginación. Sí, nosotros pensamos que Orfeo tuvo su merecido por emprender empresas alocadas en pos del amor.

Como Marcus Manilius, pensamos nuestra tierra como un lugar emplazado en el cardine mundus, en un eje lejano opuesto que sirve de espejo negro y deformado del mundo. Allí lo que parece bueno nos hace mal, lo que aparece maligno nos beneficia, por lo que quedamos paralizados por el terror de la confusión. En este saturnal sitio, todo lo opuesto a Orfeo florece. Así, no importa si uno tiene un gran talento para realizar con destreza las artes, sino se encuentra la capacidad para disfrutar de la vida y la belleza a pesar de todo, ese potencial quedará mudo. Si uno se deja llevar por lo negro, el mero hecho de escribir, de rimar y enlazar palabras, se antoja tan ridículo y repugnante que preferirá el silencio y lo muerto.

Lucía Tello y los velos sobre la vida

Publicado el 13 agosto, 2021

Lucía Tello tiene cuidado no sólo con la realidad que la rodea, sino con sus pensamientos y sentimientos. El choque de lo oculto, lo íntimo que no debe salir a la luz, y la pintura, lo que nos salta a la vista, hace diferente a esta creadora de enigmas pintados. Como unos labios que no dicen lo que sienten, o un escenario a la espera de que los actores nos reciten su historia, se rechaza el testimonio en primera persona. Semejante querencia por lo indirecto brota de su deseo de organizar y dirigir su ser hacia dentro, poniendo una distancia desafiada por el espectador. Pero hoy, más que nunca, la vida fluctúa, viene y va en descuidadas olas mareantes que se rompen, desnudándolo todo en un ritmo asfixiante. Por esto, la voluntad de concentración y el amor por los detalles de Lucía Tello se ve comprometidos.

Mas ella ha encontrado la solución: poner velos y barreras a la mirada ajena. Incluso en algún cuadro, el visillo blanco y transparente cuelga en primer plano, como si la obra fuera una ventana y nosotros los curiosos que se asoman sin tener una buena razón para ello. Esta analista de la expresión del interior en un medio caótico y, a veces, amenazante, opta por los espacios cerrados, ya sea una casa, el ropero de su habitación o el armario de un salón. O sea, necesita proteger los objetos personales, lo íntimo, de la intemperie ajena.

Semejante protección se asemeja a la que ejerce la cabeza sobre el corazón. Lucía Tello se propone dar sentido a sus sentimientos, sin abandonarse a ninguno de los extremos. Prefiere investigar acerca de la naturaleza del pensamiento y de lo sentimental, preguntándose cuánto hay de impostura forzada por los demás, por el ambiente, en nuestro ánimo más central. Pues no debemos equivocarnos. Su alma no tiene forma de una isla en la que se pelea contra los extraños y los elementos que la azotan. Lucía Tello también quiere comunicar, compartir, hacer que dos desconocidos se conviertan en un solo cuerpo, mas antes poniendo a prueba el valor de lo ajeno. Una vulva puede quedarse virgen por siempre, tapada por un velo de carne, o puede ser penetrada e incluso dar el fruto de una nueva vida. Para pasar de un estado a otro, se deberían establecer las duras pruebas de amor. En su obra Casa “Las flores” una mujer joven, de espaldas, contempla una vivienda de la que cuelgan, por fuera, unos visillos, no dejando ver el interior de la misma. El extraño que mira se siente a prueba, ya que quiere saber más, penetrar el misterio, pero se ha de rendir. En Vanity, una melena no deja ver nada más, no sabemos quién se oculta tras ella.

La tradición identifica las energías masculinas con lo grande o grandilocuente, con lo sólido, lo penetrante, poderoso y duradero. Por contra, se ha establecido que las fuerzas femeninas tienen más que ver con lo acertado, con lo amable, el refinamiento, la generosidad, el darse, con la fertilidad. La mujer ha de seguir al hombre, convertirse en una bendición para él al cumplir sus deseos, unos deseos que se resumen en uno, que ella siga sus pasos. Mas esta pintora desafía estos conceptos. Para llegar al lugar maternal, a la casa, a la cama en donde uno puede nacer y crecer hasta florecer, uno tiene que mantener una actitud moral que se resume en un mandamiento, ser digno de confianza.

Lucía Tello se convierte en una mediadora hacia lo más alto, nos invita a elevarnos por encima de los prejuicios. Esto se ilustra en su cuadro Luz Primera, en la que se divide la pintura en dos viñetas que cortan un camino que comunican ambos marcos. En el superior se halla una casa solitaria sobre la que llueve una especie de velo, que puede simbolizar el alma ajena. Esta idea de llevarnos en dirección a lo elevado tras pasar numerosas pruebas se barroquiza en “Era de piedra”. Arriba, se pintan tres pisos a los que se acceden con escaleras. Dentro de los mismos, vemos puertas y más escalones. Presidiendo la fortaleza de planos comunicados se colocan el sol y la luna sobre nubes, en una alusión a las fuerzas masculinas y femeninas. Para que el hombre y la mujer se encuentren cara a cara han de escalar numerosos enigmas y desafíos.

En el corazón de su obra se establece el acertijo más elevado, en el que uno duda qué significa ser un hombre, qué significa ser una mujer. Por ello, en “Amanecer”, dos siluetas negras se unen por el torso y la cabeza. O se recurre a reducir los rostros a sombras, las cabezas a perfiles sin definir. En esta sucesión tenebrosa se echa de menos la confianza que da el poder mirar a los ojos, o la que da el enfrentarse unos labios que dicen lo que sienten. Ahí está la solución al enigma que presentan las relaciones entre las personas.

Lucía Tello pretende derribar la insensatez que la rodea, pero sin perder en su empresa el estilo, usando para esto el arte, la belleza. Sabe detectar el verdadero valor de las energías dirigidas hacia ella. Por ello, mucho de lo que se le ofrece se le antoja repulsivo y vulgar. Ante esto, Lucía Tello propone escenarios dramáticos en los que se puede ocultar ante la invasión de la privacidad. En su obra dramática, como la exhibida en “De andar por casa”, una muestra colectiva de alumnos de la Facultad de Bellas Artes de Sevilla, ella coloca, sobre una alfombra, un cuadro que anuncia The end. La voluntad teatral se enuncia a la claras en esa pintura en el que se ve una casa rodeada por un velo blanco que cae del cielo, impidiendo la entrada fácil por el camino que llega hasta la puerta principal. Sobre la alfombra, además se plantan una casita y hierbas artificiales. Cerca, un mueble con libros. Todo el conjunto dramatiza el corazón de la obra de Lucía Tello, el eterno femenino y los prejuicios pobres asociados al mismo, en un escena tan enigmática y teatral como muchas de sus pinturas.

El triunfo de los derrotados

Publicado el 7 febrero, 2022

El artista maestro suele ir armado de un lazo con el que atrapar una idea para llevarla a la conciencia del espectador. Diego Lozano es uno de ellos. Gracias a sus imágenes podemos poner atención a cosas que se nos pasarían por alto. En uno de sus cuadros aparece una señal de tráfico, como una aparición según se apunta en el título, gracias al fogonazo de la inspiración y a un golpe de luz en la mitad de la noche.

En esta época de infinitos testigos, esta atención a lo vulgar cuadra con los millones de cámaras que lo registran todo para publicarlo en el mundo virtual. Pero Lozano, al ponerlo en pinturas, le da la importancia que tiene. Él se asoma a su ventana y pinta la fachada que tiene enfrente. Pero no evita que el aparato de un aire acondicionado, algo que nos podría parecer horrible, centre la mirada del que se acerca a la pintura. Ese aparato puede definir nuestra época, aunque nos parezca absurdo en un primer vistazo. Nada parece huir de la mirada de este artista, que siempre está mirando y que lo mira todo. Y al hacerlo iguala a los que usan una máscara que parecer importantes con seres anónimos y espacios de paso.

Llama la atención una serie de pinturas de ambiente nocturno. Pero esas imágenes son muy luminosas, como si pensáramos que, en la noche, lo que brilla es la oscuridad, y lo que tapa esa luz son las estrellas y la luna, al igual que si fueran nubes blancas. Pues al proyectar esa luz oscura nos señala que miremos a lo que está oculto, a los seres de la noche, a los olvidados, a los que vienen desde abajo, a los que nos se les dirige el foco. Lozano nos invita a unirnos a él en este afán. Una joven nos ofrece su mano mientras el título aclara su gesto: acompáñame en la oscuridad. Son personajes que se sienten heroínas, aunque tengan nombres comunes como Andrea, Carlota o Irene. Una de ellas alza el brazo en señal de triunfo, pero puede que no haya motivo real para hacerlo. Además, lo hace en el aparcamiento de un centro comercial, en el lugar menos heroico para hacerlo. Este gesto subversivo tiene una carga revolucionaria pero no sabemos por qué. Las verdaderas revoluciones son silenciosas y sus efectos pueden permanecer ocultos en sus primeros pasos.

Todas ellas parecen pertenecer a una misma tribu, a una generación golpeada que se enfrenta a un final que parece cerrado. Lozano consigue unirlas con una mirada que puede conectar lo que nos parece diferente y aislado. Otra cualidad del artista maestro es el poder de ilustrar lo que no tiene materia. Libertad, ansias de cambio, la realidad. Él puede escoger una imagen para cada idea. Lozano se muestra como un maestro que te enseña la verdad. Y su arte también necesita lo inabarcable, pues se siente confinado en sólo la pintura. Lo mismo puede hacer una foto, convertirla luego en pintura o hacer una maqueta. El arte necesita salir de los encierros, saltarse los límites, romper las normas. Diego Lozano es capaz de hacerlo.

RESEÑA: «Las voces de Jano» de María Domínguez del Castillo

Publicado el 4 julio, 2022

Todas las bellezas en cualquier voz

Las voces de Jano se nos aparece dándonos muchas caras disímiles, pues esta joya tallada con atención ansía reflejar todas las bellezas posibles. Pero el atractivo que nace de la perfecta arquitectura mental se mezcla con la necesidad del arte del amor, en un equilibrio tan difícil como raro. Sólo una autora con un poder de creación tan diverso es capaz de algo semejante, alguien que puede cantar, pintar y sentir con palabras.

El volumen se divide en dos: una primera parte dedicada a los cantos profanos y una segunda que tiene la voluntad de convertirse en tu libro de horas. El Dios cristiano aparece, claro, más en la última. Pero aquí la capacitada para el Génesis es la poeta. Antes de la existencia de cualquier dios existía la capacidad de crear. Por eso los dioses pueden hacerlo. Es decir, el poder de creación antecede al creador siempre.

Para Domínguez del Castillo, semejante potencial estado primordial está lleno de dolor. En el inicio no había palabras, sólo llanto. Este sufrimiento aquí tiene la varia estructura de lo bello. María Domínguez levanta una arquitectura de palabras en la que la página parece un papel pautado destinado a la música de las voces. Los blancos marcan el ritmo, pero también marcan el territorio. Las líneas aprovechan toda la cara, algunas imposibles, tan largas que necesitarían un par de páginas con el fin de no vivir quebradas para siempre. Incluso secciona algunas palabras en dos, con el ánimo de hacerte tropezar hasta decirlo bien, hasta que bailes al ritmo central del poema.

Esta poeta adopta dos caras: una, la de la maga, en la primera parte, y otra la del dios, en la segunda. Lo que une a ambos rostros es la creación de la belleza. El Dios y el mago son capaces de fascinar al crear de la nada. A María Domínguez no le interesa escribir dogmas, ni dar soluciones, ni bordar banderas, a pesar de aludir a lo bíblico. Ella sabe lo que es lo bello y diseña planos complejos, dibuja líneas de texto que no pueden ser habitadas por lemas simples.

Todo esto se quedaría en un juego aparente si el contenido no estuviera cargado de amarga y dulce pasión. Por un lado, los poemas ponen a las claras la importancia de la familia. No sólo la creada por lazos de sangre, sino las que se establecen por el azar, la rutina o la lectura. Pero también existe la pulsión por cortar estas raíces comunes. Como cuando el padre y un vecino, ambos amigos o al menos conocidos, han de acabar con las raíces que estrangulan las vías del agua compartida. “CORTAR el

árbol” casi nos grita el verso, advirtiendo la necesidad de romper con lo común para seguir viviendo juntos.

En la primera parte se escribe un universo sin jerarquías, sin arriba ni abajo. Los anónimos Juan y Claudia comparten versos junto a nombres míticos como Camus y su tristeza esencial, cada uno iguales ante la desolación. Los personajes se unen en la miseria de sentir la “pringue de los años” que pasan. En el libro parecen sonar, no una voz, sino todas las voces. Incluso el Cristo que aparece en la segunda parte es “Todos los hombre el hombre y el hombre”, el símbolo de todo lo humano. María Domínguez no sólo les da a todos un espacio, sino que se pone en su piel. Así, al escuchar el caso de un cura suicidado, se pregunta por los motivos y por cómo “amar al otro al mundo” si se “es solo”. Es decir, hay gente que se convierten en soledad pura a pesar de su voluntad de amor total.

“¡Ay del que está solo! Cuando
duerma solo con sus ojos”

Pues en todo el libro existe la tensión del afán por la compañía y la necesidad de soledad. Así, el deseo de ser uno mismo, uno solo, se frena ante el miedo de quedarse sin nadie. Este conflicto entre lo que quiere uno y lo que quiere el otro parece repetirse en varias formas. Pues al pasar a ser dos llega el miedo a convertirse en un espacio vacío para lograrlo.

También el terror a la ausencia, al paso de lo amado, mueve algunos poemas. “Cada silla vacía es una ausencia”. Entonces, el amante busca las huellas en las sillas que antes se sentó su amor, con una fuerza creativa capaz de volver a la vida un cuerpo, unas manos, unos ojos, al mirar un asiento. Este quedarse con el recuerdo parece abismal pues nos hace conscientes de que no podemos salir del todo de nuestro yo, una angustia parecida a la sentida cuando uno baja en un ascensor vacío mirándose al espejo.

“Permanezco he de permanecer aquí girando”, escribe la poeta. En ese estado hipnótico cabe la posibilidad de convertirnos en un Narciso que busca el placer de “la mirada de unos ojos desextraños”, permanecer en una bella quietud placentera, alejados de la compañía, del amor.

“De verde inmóvil carne sola
parece un ciervo de bronce entre las flores.”

Se apunta que, quizás, la solución para dejar de estar solos y superar la ausencia de lo amado, esté en la palabra. “Dios está muerto y es por eso que le hablamos”. María Domínguez nos versifica la voluntad de hablar con la madre cuando ella ya no esté, de escribirle en cualquier trozo de papel. Al escribir, uno tiende puentes, hecha raíces comunes. Como al “dar la paz” a desconocidos en la misa de uno de los poemas, uno tiene que estrechar la mano del extraño que está cerca. Pues la alternativa a esto sería la muerte, tornarse uno en un “ecce homo que calla para ser agua, aire, sal, nada”. El silencio puede que sea la soledad más absoluta y definitiva, por eso hay que escribir, hay que hablar para amar.

María Domínguez del Castillo (Sevilla, 19 de mayo de 1997). Se graduó en Literaturas Comparadas por

la Universidad de Granada y realizó sus estudios de máster en París, especializándose en literatura inglesa y americana. Es autora de la novela Pero el tiempo (Ediciones en Huida, 2017), “En cambio el silencio”, relato ganador del V Certamen Literario Biblioteca Universidad de Granada (2016) y de los poemarios Presente y el mar, El regreso de la lluvia (Esdrújula Ediciones, 2017 y 2019), El polvo de las urnas (ganador de la XXXV edición del Certamen Andaluz de Poesía Villa de Peligros, 2020) y Las voces de Jano (XVII Premio Nacional de Poesía Joven Félix Grande, 2021). Sus poemas han sido publicados en diversas revistas y en las antologías Algo se ha movido (25 jóvenes poetas andaluces), Granada no se calla (Esdrújula Ediciones, 2018) y Cuando dejó de llover (50 poéticas recién cortadas) (Editorial Sloper, 2021). Ha realizado tareas de traducción literaria y colaboraciones con editoriales. En 2021 la Fundación Antonio Gala para Jóvenes Creadores le concedió una beca de residencia, durante la cual se ha centrado en una novela que cuestiona los límites entre géneros literarios y que pone en su centro al lenguaje mismo, el amor, el dolor y la espera.

Todas los textos publicados por Antonio Palacios Rojo, bajo el seudónimo de Cámara Pobre, en la revista Liberoamérica entre 2020 y 2022.